

## *Un Mandamiento Inconcebible*

---

Con cada avance en sus declaraciones desde el versículo 21, Jesús va realizando una mordedura cada vez más grande del ego humano. Cada nuevo contraste entre las perversiones populares Farisaicas y la verdadera demanda del reino de justicia ha servido para aumentar el desafío moral. Lo que el Señor al final ordena en la sexta y última de estas antítesis debe haber asombrado a Su audiencia (Mat.5:43-48). Él ha pronunciado lo inconcebible cuando dijo: **“Más yo os digo, amar a vuestros enemigos”** (Mat.5:44). Para muchos de Sus oyentes semejante consejo debe no únicamente haberles parecido inconcebible, sino imposible — y contrario al mismo concepto de la justicia.

Ahora por primera vez en su sermón, Jesús ha pronunciado la palabra que mejor sintetiza el principio que fundamenta todo Su mensaje. Él ha conducido en un nivel ascendente de lo que el amor prohíbe en el trato hacia los demás (aun hacia aquellos que nos agreden) a lo que el amor demanda de nosotros positivamente. Y Quienes entre Su audiencia, en aquel entonces o ahora, pudieron haber anticipado que el viaje no se terminaría hasta que Él hubiera demandado de ellos la cosa más difícil de todas — amar a los mismos que más somos atraídos por el odio — nuestros enemigos. Finalmente, el Señor no ha dejado lugar para el “yo” de todo.

“Enemigo” era una idea difícilmente extraña para los Judíos del primer siglo. Para el tiempo de Jesús había una enemistad palpable que se había adherido a la pared divisoria que era la ley de Moisés (Efe.2:14-15). El pueblo de Israel había sufrido mucho de un mundo hostil y a menudo habían considerado con desprecio al paganismo ignorante y a la inmoralidad flagrante de los Gentiles. Los Gentiles no iban a ser lentos a reaccionar frente a ellos. Los Fariseos, con su fervor separatista no eran ignorantes de la demanda de la ley que los hijos del pacto debían amar a su prójimo como así mismos (Lev.19:18), pero entendieron que su obligación terminaba en los límites de Israel. Tenían mucho odio más allá de sus fronteras y muchos en la nación sostenían que no era únicamente su privilegio sino su obligación sentirlo así. El hecho que los Fariseos estaban conscientes del mandamiento de amar pero tropezaron en la definición de quien era su “prójimo” como es evidenciado en la conversación con cierto intérprete de la ley (Lucas 10:25-29). El intérprete conocía la fórmula pero todavía había que realizar la correcta aplicación de ella.

Pero ¿Cómo y porque los maestros en Israel venían a concluir que la ley ordenaba odiar al enemigo? Esto pudiera haber estado involucrado en las “guerras santas” de exterminio que Dios ordenó a Israel emprender contra las naciones Cananeas (Deut.20:16-18), o en los Salmos imprecatorios (“¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos? Los aborrezco por completo; Los tengo por enemigos” (Salmos 139:21-22. Observe cuidadosamente el Salmo 109). Sin embargo, aunque difíciles y perplejos a los problemas que estos hechos presentan, la ley no

distingue en el asunto del amar al prójimo entre el Israelita y el extranjero (Lev.19:18 con 19:33-34) y no aconseja el odio y la venganza para el enemigo (Job 31:29-30).

Siempre me ha impresionado que cuando Pablo buscó instruir a sus hermanos en su trato hacia los enemigos, él no sintió la necesidad de una nueva revelación sino extrajo rápidamente del libro de Proverbios: "... si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber" (Rom.12:20; Prov.25:21). No hay porción del Antiguo Testamento que más directamente dirija el problema de la actitud de Israel hacia sus enemigos que el libro de Jonás. Los Asirios eran un pueblo brutal, enemigos de Dios y de los hombres, pero Jehová los amaba y Él quiso que Su siervo Jonás debía hacer lo mismo (Jonás 4:9-11).

Cuando Jesús instruye a Sus discípulos no resistir a los malos, Él no está diciéndoles que nunca hagan algo para restringir el mal en otros. Una interpretación de esa manera, impediría aun una palabra de reproche. El Señor enseñó de otra manera en Mateo 18:15-17 y Él mismo reprendió al alguacil quien le dio una bofetada durante Su juicio (Juan 18:23). Con lo que nuestro Salvador está interesado en estos versículos es que nunca debiéramos resistir el mal con *el mal*. Esto es exactamente como Pablo declara el principio en Romanos: "No paguéis a nadie mal por mal... No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal" (Romanos 12:17, 21). Este es el funcionamiento natural de amar al prójimo como a uno mismo, y la apelación a hacer hacia los demás lo que desearíamos que se haga por nosotros mismos. Cualquier cosa que hacemos en respuesta a su mal debe ser hecho en nuestra actitud a *amarles*, no de algún deseo de venganza o interesados en nuestra propia *auto* defensa. Me parece que este principio no impediría la utilización de incluso algunos medios para evitar a otros de infligirnos daños injustos pero siempre tendrían que ser administrados en el amor al ofensor y nunca usar cualquier recurso egoísta o vengativamente.

Sin embargo, si después de esto, encontramos difícil creer que la ley no aconsejó la enemistad hacia los enemigos, nos queda únicamente confiar en el Hijo de Dios quien reprende esta idea como una interpretación equivocada de la ley y totalmente inconsecuente con la naturaleza y el propósito de Dios. Fue una enseñanza como esta que hizo que la nación estuviera tan mal preparada para la venida de un reino pacífico.

Si Jesús hubiera dicho a sus seguidores a amar a su "prójimo", ellos pudieran haber continuado en sus antiguos estrechos pensamientos, fallando completamente en comprender la naturaleza singular de este amor. Pero cuando, Él les enseña a amar a sus *enemigos*, ellos pudieran estar sorprendidos pero ciertamente bien instruidos. Como el escritor Kierkegaard observó, el evangelio ha vuelto imposible que alguien se equivoque sobre la identidad de quien es el prójimo. Si amamos a nuestros enemigos, entonces, ciertamente no habrá ningún miembro de la raza humana, por muy diferente, por muy distante, por muy vil que sea al que no le debemos lo mejor que podamos ofrecerle.